

CRITICA TEATRAL.—

"Deja que los Perros Ladren"

Sergio Vodanovic ha escrito más que una pieza de tesis una sátira política. Un resumen de los hechos lo demostrará. Esteban, alto empleado de una oficina pública, desenvuelve su vida atendido al cumplimiento del deber y de la ley junto a la esposa Carmen y al hijo Octavio. Un día recibe la visita del Ministro, amigo íntimo, que le propone la clausura de un diario de oposición, buscando para ello un pretexto legal, pero fútil, que haga legítimo lo que sólo es abuso de poder.

Esteban resiste. Escrúpulos de conciencia lo ponen frente al dilema de sacrificar su vivir honrado, la estimación de su esposa y su buen nombre a unos beneficios logrados a costa de un acto deshonesto. Cede finalmente, para evitar la persecución, la ruina de su carrera, la miseria de los suyos. Al cabo, tras unos años reprobables, del fondo de su conciencia surge la rebeldía y trata de tornar al buen camino, sabiendo que se enfrentará a graves ataques de los intereses heridos, pero recuperando el amor de la esposa y la tranquilidad de su conciencia.

Todo ello no se produce sin daño moral para el hijo; al final, Octavio, en un vuelco brusco se pondrá junto a los padres en la batalla por la verdad.

Se trata de una sátira, porque zahiere ciertas costumbres políticas. Las obras de tesis, por el contrario, actúan sobre supuestos más generales y en torno a cosas discutibles o sobre las cuales caben dudas. "Justicia", de Golsworthy, dramatizó el régimen carcelario inglés y el cuadro produjo tanto efecto que las durezas penitenciarias fueron, tras esa conmoción pública, suavizadas. Las piezas de tesis sobre el divorcio, sobre problemas de conciencia, sobre moral, desenvuelven razonamientos dilemáticos y hacen a los personajes vehículo de las ideas. Se enfrentan dos verdades posibles.

En la comedia de Vodanovic no queda duda sobre lo bueno y lo malo. La razón la tiene Esteban, y la condenación del autor está clara. Su obra es, pues, satírica, y no tiene nada de caso excepcional. "Deja que los perros ladren" es, como decían los antiguos, un "speculum vitae". Alcanzará cierta notoriedad: ataca vicios conocidos.

La estructura responde a la sencillez del tema. Vodanovic va directo a los hechos, desdénando el matiz, las medias tintas, las perifrasis, los rodeos. Llevado por su afán de mostrar al espectador la crudeza de los hechos, tiene esta página en su desnudez expresiva algo de libelo.

De ello derivan sus convencionalismos. El periodista amarillo sufre una muy rápida conversión a la honradez. Las llamadas telefónicas y la aparente conmoción pública producida por la negativa de Esteban a cerrar ilegalmente el diario están exagerados. Lo contrario estaría más en la verdad. Además, ¿cómo se sabe esa negativa, si el chantaje ejercido por el Ministro sobre Esteban es cosa secreta?

Cuando aparece en escena un actor marcado por el signo de la predestinación, la crítica escatima el encomio aguardando que la esperanza se confirme ante nuevas pruebas. Héctor Noguera tuvo anteriormente en "El ángel que nos mira" una feliz revelación. Ahora se ha podido ver que su Eugenio no fué entonces un hecho casual. Octavio, el galán —empleemos la inapropiada palabra— de "Deja que los perros ladren", tiene otro matiz entrañable. Es, como diría Camus, un "révolte". Uno de esos mozos que sienten la angustia existencial y el problematismo de nuestra época. En su confuso inconformismo intuye el desorden y la insuficiencia del mundo. Noguera ajusta de tal modo su actuación al personaje, proyecta tan intensamente sus inquietudes y reacciones hacia el espectador que ciertos excesos de énfasis y retórica quedan atenuados por la fuerza del sentimiento. Vodanovic ha exagerado la madurez sentimental del tipo. Los análisis y las introspecciones complejas que Octavio hace de sí mismo en la hermosa escena del último cuadro con el estribillo de "¡Quiero ser triunfador!" suenan a falso. De todas maneras, el personaje humanísimo y real posee interés como remedo o trasunto de un modo de ser de nuestro tiempo.

La obra impone los tipos esquemáticos. Y aquí sí, aquí roza un poco los entes de tesis y de razón, los seres geométricos cuya naturaleza está condicionada por la misión a que los lanza el autor. Vodanovic no los deshumaniza, pero restringe su función, especialmente en Esteban, el Ministro, y Cornejo, el periodista.

Carmen, la esposa, es interpretada por Silvia Piñeiro con la dulzura y la tenuidad gris y esfumada con que fué concebida. Del conjunto, el más endeble es Mario Montilles, sobre todo en las escenas fronterizas entre el bien y el mal. Lo complejo de esos estados lo reduce a un cierto apocamiento que, al extremarse, desnaturaliza el personaje. Mario Hugo Sepúlveda hace un excelente periodista. Es, con Noguera y Silvia Piñeiro, un punto alto. Justo Ugarte insiste un poco en sus modos habituales. Ugarte es siempre un poco el personaje que le toca y un mucho... Justo Ugarte. ¿Mal? No, repetido.

Muy bien de carácter, propiedad y vida la escenografía de Detmer Aising. Parece que en torno a ella circulara mucha gente.

Dirigió la puesta en escena, Pedro Mortheiru, con la habilidad concienzuda conocida. Las escenas de violencia no han sido en muchos casos debidamente cuidadas. Un director no debe permitir los golpes simulados. Pero, en general, el movimiento y la tensión interior de los personajes hallan su correspondencia en el ritmo de la comedia.